

## LABERINTO

■ Yasmín Adriana Santiago González\*

El señor Murrieta se está hartando. Ni para atrás ni para adelante. Camina entre las estanterías, que son apenas una veintena, y cuando alcanza muy seguro la salida, se encuentra de nuevo en el librero más apartado de todos, el que contiene las revistas y está pegado a la pared del fondo del salón. Refunfuña, maldice, le brotan unas lágrimas tímidas y se recarga cansado en una repisa. Mira con hastío el trapo de la limpieza en una mano; el botellín de aspersion con agua y limpiador en la otra. Luego hacia el ventanal, que desde hace tiempo (horas, días, meses, años), muestra una luz taciturna y un cielo deslucido, como en sepia, como en marrones.

Entonces intenta trasladarse al otro extremo de la sala, donde la luz parece más viva, donde incluso cree ver movimiento, y cuando se acerca al área de las mesas, se encuentra de nuevo en las estanterías. Refunfuña otra vez. Suspira triste. Mira el trapo y lo humedece con un poco de la solución de su botellín. Sabe que en cuanto acerca el trapo mojado a una repisa con libros le sale de la nada el hombrecito calvo, que le mira con ojos de sátiro y le sonrío con un ángulo oblicuo en la comisura de los labios.

A veces tarda. A veces juega con él. Sabe que el hombrecito percibe cuándo humedece el trapo con la intención de atraerlo y cuándo lo hace por inercia. Cuando se trata del primer caso, tarda lo que le da la gana; a veces se le esconde. Pasan minutos y hasta horas, y cuando el señor Murrieta cree que ya no vendrá, lo encuentra recargado en la estantería de junto, sonriéndole con burla; revisando los libros del estante de atrás; o nada más lo ve por el rabillo del ojo, paseando y jugueteando, haciendo el ademán de sacudir el polvo con un plumero inexistente.

Pero cuando el aburrimiento y la frustración de no poder salir de aquellos ínfimos metros cuadrados le ganan y humedece el trapo sin darse cuenta para limpiar los libreros, entonces sí se le aparece de inmediato, con un gesto de reproche y una mirada reprobatoria que parece decir: “Sigue así y aquí nos quedamos, faltaba más...”

El señor Murrieta sabe que el castigo se le alarga con esas acciones autómatas. Sabe que el trapo húmedo cerca de los libros irrita profundamente al calvito. Y sabe que mientras más tiempo pasa allí, estático, sin poder ir a casa, con más frecuencia comete esos deslices inconscientes. Es una situación sin remedio: él se aburre y el hombrecito no lo deja salir. Qué fastidio. A veces piensa que no le quedará de otra que ponerse a leer para ocuparse en algo.



Bajo las floripondias

\* Yasmín Adriana Santiago González es licenciada en Letras Españolas por la UANL. Es docente de lengua, literatura y humanidades con amplia experiencia, especializada en habilidades de lectoescritura en los niveles educativos medio superior y superior. Es estudiante de la Maestría en Educación Superior con énfasis en Docencia de la UMM. Actualmente es maestra en la Preparatoria Núm. 3 y la UMM.

Afuera llueve, o hace mucho calor, pero no puede asegurarlo por el color uniforme del cielo. Siempre tiene sueño, pero no se atreve a cerrar los ojos porque no tiene idea de lo que le puede suceder: ¿dónde despertará?, ¿quiénes lo acompañarán? Al despertar, ¿estará aún en este limbo o en un lugar mucho peor? Cuando siente que el sueño le va a ganar, se pone frenético, a hojear libros, con el trapo y la botella de líquido bajo el brazo. O se pone a caminar en círculos, sin poder salir de las estanterías.

En cierto momento el cielo le parece más plumizo y pesado que de costumbre, cierra los ojos tratando de descansarlos un poco, y se adormece unos segundos. Con eso basta. Lo despierta el ruido de la botella al caer al piso y la sensación del hueco entre las manos. Mira a sus pies ambas cosas —el aspersor y el trapo— y se agacha a recogerlas. Y al alzar los ojos se encuentra con Mirthala, la señora que atiende la sala en el turno de la mañana.

—Caray, Murrieta, qué le cuesta avisar que está aquí. Hace horas que lo buscan.

El señor Murrieta mira a Mirthala con

incredulidad. Le sonrío. Quiere abrazarla. Pero ella se le queda mirando hosca, adivinándole las intenciones.

—¿Qué se trae? No ande dejando regadas sus cosas en el piso, ¿eh? Si ya sabe que aquí no se entra con líquidos, que aquí se limpia en seco. Pero usted es bien terco. Si se enteran en la dirección que se trajo su botellita de limpiador, lo van a suspender. Chance hasta lo corren. Y en un descuido, hasta se le aparece el calvito porque anda usted maltratando sus libros. A ver, ya váyase de aquí, o va a echar raíces.

Mirthala se va al área de las mesas. El señor Murrieta va detrás de ella. No vaya a ser que se le pierda y no pueda volver a salir. Como no queriendo mira atrás y el calvito le sonrío con una muequita cínica desde uno de los primeros estantes. Hace el gesto de sacudir con un plumero inexistente, se da la vuelta, y se pierde entre sus libros.

El señor Murrieta traga saliva y sale con la ligereza del viento. Sin darse cuenta, se va sacudiendo el polvo de horas, días, meses y años de los hombros.



Sin título